

# **DOS RESEÑAS DE JOHN DEWEY SOBRE WALTER LIPPMANN**

**MIGUEL CATALÁN<sup>1</sup>**

- 1. INTRODUCCIÓN**
- 2. TRADUCCIÓN DE LA RESEÑA “PUBLIC OPINION”**
- 3. TRADUCCIÓN DE LA RESEÑA “PRACTICAL DEMOCRACY”**
- 4. BIBLIOGRAFÍA**

## 1. PRESENTACIÓN<sup>2</sup>

Presento en este capítulo mi traducción de dos breves textos de John Dewey escritos en los años veinte del siglo pasado y publicados en la revista *The New Republic*. Se trata de dos reseñas a sendas obras de Walter Lippmann: *Public Opinion* (1922) y *The Phantom Public* (1925). La primera reseña se titula “Public Opinion”, reproduciendo el título del libro reseñado; la segunda, “Practical democracy”.

Tanto en *Public Opinion* como en *The Phantom Public*, Lippmann sugería que el pueblo debía mantener las manos fuera de todo gobierno democrático y limitarse a delegar su voto para que los partidos, equipos y expertos que han de representarlo gobernarán en su lugar. Es imposible una democracia literal o gobierno del pueblo, afirmaba Lippmann, porque la gente corriente (los ciudadanos ajenos a las tareas de gobierno o administración) no tiene en general ideas definidas sobre la acción pública, sino estereotipos fácilmente manipulables por los ideólogos y propagandistas. Lippmann citó en el primero de los dos libros, *Public Opinion*, al Dewey de *How we Think* al señalar que los individuos no familiarizados con los gabinetes, ministerios, embajadas o despachos donde se cocinaban los platos cuyo aroma después difundían los periódicos y las emisoras de radio carecían de una visión fiable sobre los asuntos públicos. Lippmann mantuvo en consecuencia una teoría aristocrática del gobierno adaptada a los tiempos modernos a través de un elitismo realista de la acción política que prefigura la teoría procesal, ya explícitamente elitista, que desarrollaría más adelante Joseph Schumpeter en los años cuarenta. Así mantendrá Lippmann en *Public Opinion* que nadie concibe o comprende los problemas políticos por instinto, del mismo modo que el hecho de vivir no nos asegura un conocimiento fehaciente de la realidad. El ejercicio espontáneo de la política sólo será factible allí donde algunos individuos, los gobernantes y gestores públicos, se encuentren en un entorno de conocimiento directo de los problemas reales de la acción política. Dado que sólo la clase gobernante tiene el conocimiento concreto de lo que ocurre, no en la ciudad donde vive el votante, sea Boston o Virginia, sino en cualquier lejana urbe o municipio, sólo esa clase debe tener la responsabilidad de tomar desde Washington las decisiones que ha de acatar toda la República. El pueblo es demasiado ignorante como para hacer de la supuesta opinión pública (un mito comparable al de la voluntad popular) algo distinto a la opinión mediatizada por la propaganda política, los medios de comunicación ideológicamente orientados o los departamentos de relaciones públicas de los líderes y partidos. En definitiva, a esta fabricación del consenso y a este gobierno tecnocrático podía

llamársele democracia si así se quería, pero pretender que, además, el pueblo dirigiera de verdad los asuntos de gobierno o administración era una falacia mística; una fantasía política de ciertos teóricos que idealizaban las verdaderas posibilidades de las masas, ocupadas la mayor parte del tiempo en sacar adelante sus asuntos privados de cada día.

En estas dos breves reseñas, Dewey rinde honores intelectuales a Lippmann y muestra un gran respeto por las aportaciones de su oponente. No hay ningún término o tesis de Lippmann que Dewey desfigure o saque de contexto, sino que su resumen y descripción son ecuanimes y ponderadas. Dewey concibe a Lippmann como un autor riguroso y perspicaz que le hace comprender elementos de la realidad sociopolítica que le habían pasado desapercibidos y que entabla un brillante proceso intelectual contra la democracia que debe ser tomado con la mayor seriedad.

Ambos libros reseñados, en especial el segundo, sirvieron a Dewey como inspiración de contraste para el desarrollo de su propia teoría política. Dewey se puso a la tarea de repensar la democracia apenas unos meses después de publicada la reseña a *The Phantom Public*. En la secuencia que anota James Gouinlock (Gouinlock, 1991: xxiii), la reseña a *The Phantom Public* apareció en diciembre de 1925, y sólo un mes después, en enero de 1926, Dewey ya estaba leyendo una serie de conferencias en el Kenyon College en torno al tema de la participación democrática que serían publicadas al año siguiente con el título de *The Public and Its Problems*. Esta influyente obra puede entenderse como su respuesta organizada y sistemática a los dos libros de Lippmann. En *El público y sus problemas* Dewey se mostraría de acuerdo con Lippmann respecto a la diagnosis de los males que aquejaban a la mayoría de los electores (pereza, dispersión, desinterés e incompetencia para juzgar los asuntos de gobierno), pero disentía radicalmente de su tratamiento. Admitió que los ciudadanos de su tiempo no estaban en su mayoría dotados para tomar decisiones técnicas, concretas de gobierno, pero que ese déficit podía y debía subsanarse mediante una educación en el método experimental a partir de los valores de la participación y deliberación democráticas que ya desde la escuela enseñara a los individuos a analizar hechos de interés común, tomar decisiones, observar los efectos resultantes y actuar en consecuencia. En su defensa de la democracia participativa y su crítica consecuente a la democracia elitista, Dewey daba por sentado que excluir de la participación al hombre de la calle resultaba una forma indirecta de suprimirlo como ciudadano. Suponía subestimar la capacidad de la educación para formar un pueblo democrático pensar que este no podía mejorar sus capacidades sobre los asuntos que le atañían. Entretanto, no era idealismo sino

capacidad de imaginación y fe en la democracia el exigir a los gobernantes que abandonaran la concepción de sí mismos como parte una casta superior, que permitieran a los votantes manifestar su opinión cuando la importancia del tema así lo exigiera y que dejaran a la prensa hacer su trabajo dando a conocer a los ciudadanos el mayor número posible de datos de cada situación política. Todo gobierno democrático debía procurar que el pueblo participara en el proceso de toma de decisiones políticas en la medida en que no disminuyera su eficacia. Después de las críticas de Dewey, Lippmann siguió siendo considerado un escéptico o pesimista en este punto y Dewey un optimista o idealista; respecto al tipo de democracia que defendían, Lippmann fue calificado de realista o elitista y Dewey de participativo o ingenuo. Como ha señalado Gregory Pappas, sin embargo, la ingenuidad atribuida a Dewey por una visión pesimista de la política que considera inevitable el ejercicio desnudo del poder por parte de una minoría segregada de la mayoría nunca preocupó al filósofo de Vermont, quien juzgaba la noción de inevitabilidad como no empírica (llegados al caso: una ingenuidad en sentido contrario o lúgubre) y al tiempo como no inteligente al impedir lo único que importa en política, a saber, la mejora de las condiciones dadas en bien del mayor número posible de personas (Pappas, 2008: 285). A tal motivo obedece la importancia ética y política atribuida por Dewey en estas dos reseñas a lo que hoy llamaríamos el periodismo de investigación, así como a una educación pública en hábitos y valores democráticos que fomenta en los futuros ciudadanos una participación política competente.

\*\*\*

Respecto a la propia traducción de los textos, quizá sea útil anotar un par de indicaciones preliminares.

En primer lugar, he traducido *'the public'* por "el público". Intento con esta versión aproximar al lector hispanohablante a un término que carece de equivalente exacto en castellano. En Dewey *'the public'* presenta dos acepciones principales: la primera hace referencia a la esfera pública en general, en línea con el significado del adjetivo en la fórmula latina *res publica*; la segunda sigue el sentido que le confiere Lippmann y vendría a denotar la gran porción de la sociedad que no forma parte del sistema político: lo que Bertrand de Jouvenel llamaba "el agregado social".

En segundo lugar, he preferido dejar en el inglés original los términos antitéticos de *insiders* y *outsiders* utilizados primero por Lippmann y después por Dewey. *'Insiders'* podría

traducirse en este ámbito de la cosa pública por “agentes”, “autoridades” o “cargos”, pero también por “conocedores”, “enterados” o “iniciados”. Por su parte, ‘*outsiders*’ podría traducirse por “legos”, “no enterados”, “observadores pasivos” y aun “marginados” (de las tareas de gobierno). Ninguna de estas versiones recoge con limpieza, no obstante, los matices de los vocablos originales, bien inteligibles por sí mismos para cualquier lector de textos sobre política.

## 2. TRADUCCIÓN DE LA RESEÑA DE JOHN DEWEY “PUBLIC OPINION” (1922)

Esta reseña sobre *Public Opinion* de Walter Lippman fue publicada por primera vez en *The New Republic*, XXX (1922), pp. 286-288. Tomo el texto de: John Dewey: *The Middle Works, 1899-1924*, Carbondale (Il.), Southern Illinois University Press, 1983, vol. 13, pp. 337-344.

### OPINIÓN PÚBLICA

El señor Lippmann ha escrito un libro que constituye un desafío para el juicio crítico del lector. El estilo y el tema están profundamente integrados. No conozco ningún libro moderno sobre política que presente una fusión tan completa. En consecuencia, su brillantez no impresiona en tanto bella escritura, sino que irradia a partir del contenido. Leer el libro nos procura una experiencia iluminativa; ningún pintor maneja las luces y las sombras mejor o utiliza el color con más destreza para construir formas sólidas. Los personajes del escenario están tan bien concebidos y destacados, la forma de presentarlos es tan objetiva y estimulante, que uno termina el libro casi sin darse cuenta de que es quizás el más eficaz proceso a la democracia, tal como usualmente se concibe, jamás escrito.

El libro es tan esencial que constituye su propio resumen. El reseñista se encuentra ante un dilema. O bien debe hacer otro resumen que resultará tan seco y formal como es vital el del señor Lippmann, o bien debe dar por supuesto que el lector conoce el libro, y limitarse a expresar sus propias reacciones impresionistas. El primer método parece en general más justo para el señor Lippmann, al menos bajo la condición de que el lector rellene los espacios en blanco del esquema mediante su conocimiento directo del volumen. Comenzaré ese esquema del libro exponiendo un punto que el señor Lippmann trata sólo en su Parte Sexta, titulada “La imagen de la democracia”. Analistas anteriores se dieron por satisfechos dando por sentada la existencia “de una fuerza llamada Opinión pública”; se han interesado sobre todo en buscar cómo podría trasladarse a la acción política. “Según su tradición respectiva, han querido domar la opinión u obedecerla” – hacer al gobierno responsable de ella, o aceptarla para subvertir

los fines del gobierno. Pero el señor Lippmann lanza la cuestión previa: ¿Cuál es la verdadera naturaleza de la opinión, cómo se forma, qué fuerzas refleja? Y el resultado, guiado por un análisis realista, es altamente desfavorable. Indica que la opinión pública es casual, el producto de un contacto limitado con el ambiente de hechos y fuerzas que la opinión manifiesta en su propia acción, y los cuales están formadas principalmente por la tradición, por imágenes estereotipadas y por emociones e intereses personales torpemente concebidos.

Los pensadores del siglo XVIII que diseñaron la matriz de la democracia estaban comprometidos en afirmar, frente a los seculares prejuicios, la dignidad de la naturaleza humana. Para que su doctrina tuviera un efecto político, tuvieron que inventar un dogma, a saber, que el hombre libre es legislador y administrador por naturaleza. La opinión pública debe por tanto ser algo que surge espontáneamente. Todos los hombres poseen instinto político. Todos los hombres captan los hechos relevantes del mismo modo que respiran. Estos fundadores ignoraron el hecho de que el “grado de atención” es la premisa fundamental de la ciencia política. En consecuencia, construyeron sobre arena. Pues su individuo centrado en sí mismo tiene que ver el mundo entero a través de unas pocas imágenes mentales, siendo que el mundo en el que tiene lugar la acción es en realidad enormemente extenso y complejo. Nuestros fundadores del dogma democrático, como Thomas Jefferson, emplazaron esta persona centrada en sí misma en una pequeña comunidad limitada. La doctrina de la soberanía del pueblo que fue alimentada en las pequeñas comunidades locales se fue después ampliando hasta cubrir todo el estado nacional. “El ideal democrático pretende por tanto ver en todo momento un mundo en el que la gente está exclusivamente interesada en los asuntos cuyas causas y efectos operan en la región que habitan. La teoría democrática nunca ha sido capaz de concebirse a sí misma en el contexto de un ambiente amplio e impredecible”. De ahí la aversión de la democracia a las complicaciones más allá de sus fronteras, incluyendo el comercio internacional. Y de ahí su simple confianza en el legalismo, en la simple teoría política. Su instinto les ha dicho a los demócratas que la seguridad exige un campo de actuación simple y acotado. El dogma del “individuo omnicompetente” requería tal ambiente a fin de ser operativo. Pero esta sencilla imagen en la mente de los demócratas no se corresponde en absoluto con las realidades de la vida moderna. A ello se debe el desmoronamiento de la teoría del gobierno dependiente de una opinión pública espontánea; a ello también la necesidad de encontrar un sustituto para la opinión pública en la inteligencia organizada de los expertos si se quiere que el gobierno sea factible. El

problema radica en cómo desenmarañar la fe en la dignidad de la naturaleza humana, la necesidad de que todo ser humano alcance su estatura máxima, respecto al dogma de que los individuos pueden lograr por sí mismos el conocimiento requerido para que el gobierno democrático sea eficaz y competente.

Esta afirmación de su conclusión ignora el análisis de la opinión pública por el cual el señor Lippmann ha llegado a ella. El espacio de la reseña sólo me permite una enumeración de los títulos de la que es la parte más brillante y certera del libro: “El mundo exterior y las imágenes en nuestras cabezas” –un enunciado más ilustrativo del genuino “problema del conocimiento” que el que los profesionales de la epistemología han logrado ofrecernos; “Aproximaciones al mundo exterior” –un informe altamente destructivo sobre las limitaciones de la opinión debidas a la constante censura que procura reducir al ámbito privado las opiniones más destacadas, a las limitaciones de acceso a la información, al breve tiempo dedicado a leer sobre los acontecimientos del mundo; “Estereotipos” –una relación de las tradiciones y hábitos mentales que forman las actuales “categorías” a través de las cuales se reciben los hechos, las ilusiones que tienen que ver con la autodefensa, el prestigio, la moralidad; las deficiencias en el reconocimiento del espacio más extenso y de los periodos de tiempo más dilatados, de tal forma que “el espacio real, el tiempo real, los números reales, las conexiones reales, los pesos reales se han perdido; la perspectiva y el trasfondo y las dimensiones de la acción resultan agrupadas y congeladas en el estereotipo”.

Después viene una parte que trata de la relación entre el interés y el grado de atención, el hecho de que una imagen no es significativa para nosotros hasta que no ejerce cierta presión sobre nuestra propia personalidad, hasta que no nos hemos identificado con ella. El señor Lippmann traza un hermoso cuadro de las formas en que los políticos fijan de ordinario esta necesaria identificación dramática –métodos que hacen cualquier cosa menos conducir a la claridad y a la justicia de pensamiento. También realiza la mejor crítica que yo haya leído sobre la doctrina de la determinación económica del interés. Empezando por la moderna psicología de la complejidad del carácter, y el fallo de la actual educación para llevar a cabo la tarea de preparar a las personas para conocer y reconocer tipos de carácter, incluyendo el suyo propio, continúa tratando las falsas simplificaciones del dogma del auto-interés. Si este último ejerciera la influencia que según la teoría debe ejercer, el problema de la opinión pública resultaría mucho más fácil de resolver. La posición económica dividiría a la humanidad en clases bien definidas y cada clase tendría su código propio y coherente.



Pero en realidad no hay nada acerca de lo cual los hombres estén más confundidos que de sus intereses.

La Parte Quinta se ocupa de la formación de la voluntad común, señalando de forma implacable cómo las emociones y los estereotipos están llamado a presentarse y entrar en juego merced al papel de los reclamos y símbolos que, en vez de formar opinión (si es que la opinión tiene algo que ver con el pensamiento), representan una suerte de tregua entre las ideas y la ausencia de comprensión. “Quien comprende los símbolos por los que se logra contener momentáneamente el sentimiento público, controla en gran medida las aproximaciones a la política pública”. Señala entonces que la masa no saca conclusiones sobre los problemas sino después de haberse amoldado a la autoridad durante la infancia; simplemente dice Sí o No a la formulación de las cuestiones realizada por unas pocas personas –las que constituyen el aparato. Este último es una necesidad, no una mera perversidad, pues por “la acción de la masa nada puede construirse, diseñarse, negociarse o administrarse”. El aparato crea y utiliza el símbolo, que “es tanto un mecanismo de solidaridad como un mecanismo de explotación”. “Lo esencial es que un programa conecte verbal y emocionalmente desde el principio con lo expresado por la multitud”. Las cuestiones posteriores permanecerán ocultas y la masa será conducida de la nariz una vez se consiga el comienzo correcto – como los asuntos bélicos prueban abundantemente.<sup>3</sup> La Parte Sexta ya ha sido mencionada; contiene también un capítulo mostrando el papel de la fuerza, el clientelismo y el trato de favor en la creación de una apariencia de opinión pública y de voluntad común. Estos capítulos representan una inestimable contribución a la técnica política.

Como ya sugerí antes, la parte más lograda del este libro es innegablemente el implacable y realista análisis del señor Lippmann sobre las limitaciones de las imágenes en nuestra cabeza acerca del ambiente social y su explicación de los métodos por los cuales los pocos privilegiados procuran a las masas un suplemento y sustitutivo de forma tan hábil que la masa piensa que sus opiniones son válidas y espontáneas. El análisis es tan desapasionado como el diagnóstico de un médico y emplea de forma medida todos los recursos de la moderna psicología. Rompe en añicos la mayoría de nuestras ilusiones, y esta en particular. Para quien lea estos capítulos con mente abierta, Humpty Dumpty nunca podrá ya recomponerse<sup>4</sup>.

La última parte del libro apunta los posibles remedios, y es la que resulta menos convincente. Esta parte contiene dos secciones, una de las cuales niega a los periódicos

siquiera la posibilidad de llevar a cabo la tarea de ilustrar y dirigir a la opinión pública, en tanto la otra esboza una posible organización que suministre a los pocos que disponen del control real aquellos datos que resultan necesarios para la elaboración de sus políticas. Las dos secciones exponen las dos caras respectivas del mismo argumento. Según la visión popular, la prensa es el órgano de la democracia directa. Es el Tribunal de la Opinión Pública, abierto día y noche, listo para hacer justicia a todo el mundo durante todo el tiempo. El señor Lippmann piensa no sólo que tal visión no es factible, sino que ni siquiera es imaginable. El periódico es como mucho un reflector moviéndose sin descanso de aquí para allá y sacando a la luz un episodio tras otro. Pero la sociedad no puede gobernarse con “episodios, incidentes y estallidos”. El periódico debe conseguir anunciantes porque los lectores no pagan por las noticias; a su vez, para conseguir anunciantes necesita antes conseguir lectores. Y para conseguir lectores debe acatar sus experiencias y prejuicios establecidos en el estándar; debe adaptarse a sus estereotipos.

La causa más profunda de la incapacidad de la prensa para ser el órgano que forme y dé cuenta de la opinión pública es que actúa con noticias, no con la verdad. “La función de las noticias es señalar el acontecimiento; la función de la verdad es traer luz a los hechos escondidos para ponerlos en relación entre sí y trazar un retrato de la realidad a partir del cual los hombres puedan actuar. Sólo en aquellos aspectos en que las condiciones sociales adquieran una forma reconocible y medible podrán coincidir el cuerpo de la verdad y el cuerpo de las noticias.” La prensa actúa en el seno de una sociedad cuyas fuerzas rectoras están imperfectamente descritas; la prensa no puede reflejar esas fuerzas; sólo puede hacer constar que la actuación habitual de las instituciones ya las ha consignado en su lugar. A menos que las instituciones sean mejores e introduzcan en los asuntos públicos una razón y una medida objetivas, la prensa continuará informando sobre algún aspecto de las fuerzas y condiciones subyacentes que ella misma ha impuesto, y se limitará a sí misma a mostrar hechos sencillos y chocantes adaptados al interés y la conveniencia del lector. “El problema reside en algo más profundo que la prensa, al igual que el remedio. Este último ha de hallarse en una organización social basada en un sistema de análisis y consignación de datos; en el abandono de la teoría del ciudadano omnicompetente, en la descentralización de la decisión, en la coordinación de esa decisión por registros y análisis comparables”. Sin este trasfondo, “el prejuicio, la apatía, la preferencia hacia lo vulgar curioso en detrimento de lo importante tedioso, el apetito por las barracas de

feria y los monstruosos llamativos seguirán desempeñando en la prensa el importante papel que desempeñan en la vida.

Esto nos lleva al remedio positivo. Debido a la presión de las circunstancias y a la selección natural, los administradores y las mentes directivas de la industria ya se han rodeado de un equipo de expertos en estadísticas y asuntos contables, en auditores y directores científicos, investigadores, etc. De hecho, se ha requerido a todo el mundo excepto a los científicos sociales. Los científicos sociales obtendrán dignidad y confianza cuando desarrollen un método que permita a los rectores de la sociedad proveerse de instrumentos de análisis a través de los cuales “hacer inteligible un invisible y formidablemente complicado ambiente social”. La solución ya existe. Sólo hay que hacer uso de ella.

El primer paso es la organización de expertos en política e industria que recojan, analicen y coordinen el material. Esta función ha de ejercerse totalmente aparte del ámbito de la decisión, de hecho con deliberada indiferencia hacia la naturaleza de las decisiones que puedan tomarse sobre la base de esos datos. Debemos universalizar el concepto de unidad de inteligencia del ejército. Cada uno de los diez departamentos del Gabinete de Estados Unidos en Washington debe tener su propia sección de inteligencia, con capacidad plena para su actividad respectiva y coordinación común. El método es también aplicable al gobierno de los estados, las ciudades y los condados rurales. El resultado sería un informe sobre el medio social que superaría el subjetivismo y sería inmune al prejuicio. Y conviene hacer constar que la dificultad principal para el autogobierno son las barreras que interponen la ignorancia y el subjetivismo en la tarea de tratar adecuadamente los retos de un medio desconocido. La organización de la inteligencia lograría lo que no ha logrado ninguna reforma de los métodos electorales, ningún desplazamiento de la base de representación desde el factor territorial al ocupacional, ningún cambio en el sistema de propiedad. El subjetivismo de la experiencia humana basada en la limitación de los contactos, de la tradición y del interés es el auténtico enemigo, y hasta que este no sea vencido, las “reformas” simplemente desplazarán el problema de un lugar a otro.

¿Qué relación tiene esta organización de expertos, la cual funcionaría principalmente en beneficio de la administración y del ejecutivo, con el público y su opinión? Sería, en las palabras del propio señor Lippmann, “un instrumento para mejorar los asuntos públicos, más que un instrumento para conocer cuán mal han funcionado tales asuntos hasta ahora”. Pero indirectamente el método convertiría el

proceder del gobierno y de la industria en un asunto de constatación y de análisis, visiblemente accesible, facultando así al público para realizar juicios más inteligentes sobre la conducta de los asuntos y negocios públicos. El interés genuino respecto al público reside en insistir en que los problemas no podrán abordarse hasta que pasen por un proceso concreto de análisis y constatación. Tal como están ahora las cosas, cada tema queda atascado en una maraña de emociones, estereotipos, recuerdos y asociaciones irrelevantes. Cuando los asuntos se presentan de forma objetiva y analizada, estos quedan liberados de su maraña contextual subjetiva y confundente. “El enorme aparato de censura, estereotipo y escenificación resultará liquidado”. Gradualmente, además, se irá afianzando un cuerpo de concepciones semejantes a las de la ciencia y estas resultarán disponibles para propósitos educativos. Los futuros ciudadanos, durante su escolarización, recibirán la enseñanza de una psicología política y una ciencia eficaces. La primera les pondrá en guardia contra las fuentes del error en la opinión corriente; la última les procurará el placer que conlleva la superación de las supersticiones mentales y dará a la razón la fuerza de la pasión.

Concluyo la reseña del mismo modo que cerré el libro, con la sensación de que a pesar de su informado, agudo y exhaustivo análisis, la parte crítica es mejor que la constructiva. Esta es una sensación y nada más cabe añadir. Quizá sea un residuo de mi propio subjetivismo acerca de la democracia que ni siquiera el tratamiento del señor Lippmann ha podido expurgar. Pero aventuro dos sugerencias. La primera es que la inteligencia organizada, para ser eficaz, debe orientarse hacia la prensa más que hacia la administración. El señor Lippmann parece renunciar demasiado rápidamente al papel que pueda desempeñar la prensa –asumiendo con excesiva facilidad que la prensa debe seguir siendo lo que es. Es verdad que las noticias han de lidiar con acontecimientos más que con fuerzas y condiciones. Es verdad que estas últimas, tomadas en sí mismas, son demasiado remotas y abstractas para resultar atractivas. Su constatación es demasiado tediosa y formal para alcanzar a la masa de los lectores. Pero queda la posibilidad de tratar los acontecimientos novedosos a la luz de un estudio y constatación continuos de las condiciones subyacentes. La unión de la ciencia social, el acceso a los hechos y el arte de la presentación literaria no es tan fácil de conseguir. Pero su cumplimiento me parece la única solución genuina al problema de una dirección inteligente de la vida social. Si la palabra “sensacional” puede utilizarse en un sentido positivo, cabe decir que un tratamiento competente de las noticias del día basado en una investigación y organización continuas, sería más sensacional que lo que nos ofrecen los

actuales métodos. Detectar las fuerzas subyacentes moviéndose dentro y a través de los acontecimientos aparentemente casuales e inconexos nos proporcionaría un interés que ningún informe limitado al incidente superficial y aislado pueden darnos. Si se diera esa oportunidad a los informadores, estos se sentirían atraídos por la tarea de procurar al pueblo un informe objetivo de las noticias, un orden mental y una habilidad artística que no están al alcance del trabajo, comparativamente más hermético, de los expertos que tratan con la administración. La tarea de ilustrar la opinión pública me parece que tiene prioridad sobre la de ilustrar a las autoridades y a los regidores.

Desde luego, la organización de expertos que reclama el señor Lippmann es inherentemente deseable. No estoy poniendo en cuestión ese hecho. Pero su argumento parece exagerar la importancia de la política y de la acción política, así como eludir el problema de cómo la última está dirigida efectivamente por la inteligencia organizada a menos que haya una ilustración suplementaria de la opinión popular, así como una instrucción indirecta ex post facto. Cuando el señor Lippmann señala el peligro de la podredumbre que puede producir una organización cerrada y secreta de expertos, “procedimientos innecesarios, montañas de papeles, cuestionarios *ad nauseam*, siete copias de cada documento, autorizaciones, retrasos, papeles perdidos, el uso del formulario 136 en vez del 29b,” etc., le está cortando las alas a la crítica por adelantado. Pero la única garantía segura contra ese peligro es la continua constatación de las noticias en pos de la verdad, desde luego que siempre señalando con claridad los acontecimientos, pero con un señalamiento de los hechos ocultos, de unos hechos puestos en relación mutua hasta completar un retrato de situaciones sobre las cuales los hombres puedan actuar inteligentemente. El señor Lippmann ha puesto de relieve mejor que ningún otro escritor la dificultad fundamental de la democracia. Pero esa dificultad es tan fundamental que sólo puede afrontarse, me parece a mí, aportando una solución más fundamental que la que él se ha atrevido a dar. Cuando la necesidad aprieta, la invención y el logro pueden responder de forma asombrosa. La democracia exige una educación más completa que la restringida a las autoridades, administradores y gestores de la industria. La empresa de la democracia constituye un desafío tan grande debido a que esta educación fundamental general es tan necesaria y a la vez tan difícil de conseguir. Limitarla a la tarea de ilustrar a los administradores y gobernantes es olvidar algo de gran importancia para afrontar el reto.

### 3. TRADUCCIÓN DE LA RESEÑA DE JOHN DEWEY “PRACTICAL DEMOCRACY” (1925)

- Esta reseña sobre *The Phantom Public* de Walter Lippman fue publicada por primera vez en *The New Republic*, XLV (1925), pp. 5-54. Tomo el texto de John Dewey, *The Later Works, 1925-1953*, Carbondale (Il.), Southern Illinois University Press, 1984, vol. 2, pp. 213-220.

#### DEMOCRACIA PRÁCTICA

Walter Lippmann ha continuado su análisis emprendido en *Public Opinion* con un ensayo más corto y, si ello es posible, más significativo, sobre el público en sí mismo; sobre el ser o criatura que forma y da voz a la opinión que se dice gobierna el Estado. Su valoración de este ser queda resumida en su título: *El público fantasma*. Sin embargo, parece al final que el fantasma es el público de los teóricos de la democracia, y que el señor Lippmann cree que sí existe un público, o quizá muchos públicos, los cuales, aún siendo volátiles, imprecisos, ignorantes y vergonzosos pueden, gracias a medios apropiados, ser captados, motivados, formados e informados para inducirlos a aparecer –en público, diría uno. Y cree que cuando se los trata de forma apropiada y se los reeduca, esos públicos pueden intervenir en las cuestiones políticas, es decir, en la conducta del gobierno, con un considerable grado de eficacia y provecho. De modo que, si bien uno estaría en condiciones de citar algunos pasajes que, aislados de su contexto, podrían dar la impresión de que el señor Lippmann se situaba continuamente “fuera” de la democracia, el ensayo del señor Lippman es en realidad una profesión de fe en una teoría democrática templada y limitada, y una presentación de métodos por medio de los cuales podría ponerse en obra una concepción razonable de la democracia, no de forma absoluta, pero al menos mejor de lo que trabaja la democracia bajo una noción exagerada e indisciplinada del público y sus poderes.

Así que, a mi parecer al menos, su contribución es constructiva. El grado de atemperamiento de la noción romántica de democracia en su consideración llega al

punto de indicar que, aún bajo las mejores condiciones posibles, el público no debe gobernar, sino intervenir, y no de forma continua, sino en coyunturas críticas. Sin embargo, puedo imaginar un libro similar a este del señor Lippman escrito en un tiempo en que la atmósfera general no fuera la del desencanto, del miedo a la impostura, de protesta contra la falsía, de sobrealimentación de temas indigeribles, en el cual tal libro podría tomarse como una contribución eminentemente constructiva hacia la operatividad de las formas democráticas de gobierno. Dicho con brevedad, el libro expresa una rebelión no contra la democracia, sino contra una teoría de la democracia que, por parafrasear una cita de Bentham hacia el final el libro, ha distraído la comprensión e inflamado las pasiones, y con ello aumentado enormemente las dificultades del gobierno democrático. Pues para que la democracia sea factible es preciso pacificar las pasiones y clarificar el entendimiento.

El libro es claro, extraordinariamente claro si consideramos los temas fundamentales y controvertidos que trata. Hasta en lo relativo a un posible resumen de sus argumentos, el señor Lippmann ha ofrecido uno en su libro que cubre sus puntos principales y que sería mejor que el que pudiera aportar este reseñista. Después de indicar ciertos criterios a partir de los cuales podría guiarse la opinión pública para que pudiera llevar a cabo la función que le asigna, sigue adelante señalando que no da importancia a estos criterios específicos, y sí concede gran importancia a su naturaleza, pues esta depende de principios subyacentes. Los aspectos negativos de estos criterios aparecen en primer lugar, y en ellos se resume su crítica a la teoría democrática entusiasta e ingenua. La acción ejecutiva no es apropiada para el público. A este no le corresponden valorar los méritos intrínsecos de una cuestión determinada. La anticipación intelectual de un problema, su análisis y solución, no son cosa del público. Los específicos criterios técnicos, detallados en el tratamiento de un asunto, no son cosa del público. El desarrollo de las razones que llevan a estas conclusiones y la constatación de qué es lo que queda para el público en esta situación ocupan los primeros dos tercios del libro.

El argumento gira esencialmente en torno a la distinción entre los pocos *insiders* y los muchos *outsiders*, siendo los *insiders* las fuerzas activas y los *outsiders* los espectadores, los curiosos. “La acción de gobierno está constituida de hecho por una multitud de acuerdos sobre cuestiones específicas llevados a cabo por individuos particulares”. La acción gubernamental no sólo es así, sino que debe ser así. Las cosas no se hacen en general, sino por alguien en particular. Las tareas que hay que acometer

al gobernar son en gran medida técnicas y profesionales. Resultan lo bastante complejas como para que algunas personas hayan de ocuparse de ellas como actividad principal. El Estado moderno es tan vasto que las decisiones a tomar y su ejecución son necesariamente remotas para la masa de los ciudadanos; la sociedad moderna no sólo no es visible, sino que tampoco es inteligible como un todo. Además de ello, la mayoría de estos problemas específicos no pueden ser captados por el *outsider*, quien después de todo tiene su propia vida personal que dirigir y sus problemas prácticos que afrontar. Incluso en la ciudad-Estado de los tiempos de Aristóteles existía el problema de cómo salvar el vacío entre las capacidades limitadas del ciudadano y la complejidad de su medio social. La respuesta de Aristóteles según la cual “la comunidad debe permanecer simple y pequeña” ya no se puede llevar a cabo –y tampoco, podría haber añadido el señor Lippmann, resulta factible la otra parte de la solución de Aristóteles, a saber, que la ciudadanía efectiva quede restringida a la clase ociosa. El viejo dogma democrático se derrumba justo porque se da por supuesto un ciudadano omnicompetente y una capacidad ilimitada de la opinión pública. Puede observarse la amplitud del fallo de esta doctrina en el hecho de que en los últimos treinta años la ratio de participación electoral ha descendido de ocho a cinco votantes efectivos sobre diez posibles.

El contraste a menudo señalado entre la eficacia de la acción privada en los negocios y la laxitud y la inercia de la acción gubernamental no es verdaderamente un contraste entre las empresas públicas y las privadas, sino entre “gente haciendo cosas concretas y gente intentado ordenar resultados generales”. Lo último es en realidad imposible; no hay suficiente unidad en la sociedad; no hay suficiente conocimiento común; y, aun cuando los hubiera, la acción en general carece de sentido. La pretensión de una mente comunitaria y de una acción general en nombre de las cosas en sentido amplio solo ha alimentado ficciones, y estas ficciones han incrementado la confusión, favoreciendo los engaños y la propaganda. “La formación de una voluntad popular a partir de una multitud de deseos generales no es un misterio hegeliano, sino un arte bien conocido para los líderes, políticos y comités directivos. Consiste esencialmente en el uso de símbolos que unifiquen emociones después de haberlas separados de sus ideas”. El resultado, desde luego, es que la acción se halla así tan determinada en privado por unos pocos *insiders* como siempre lo estuvo. Pero la falsificación ya ha entrado en juego; actuando en pro de sus propios fines, los *insiders* engatusan al público declarando que son los agentes de la voluntad popular y que disponen del apoyo y la sanción del público sin los cuales no podrían actuar.



El crecimiento de las comunidades en tamaño y complejidad ha hecho que la organización alcance una vasta escala. El efecto ha sido “concentrar la decisión en los gobiernos centrales, en lejanos despachos oficiales, en reuniones electorales y en comités ejecutivos”. Así que tenemos por una parte a aquellos que toman de hecho las decisiones, pero ocultan el hecho de que las toman, cuáles son y cómo están hechas, y pretenden estar solo poniendo en práctica algún mandato popular, y al otro extremo tenemos un electorado políticamente confuso, inseguro, más o menos fútil y desanimado. “La longitud del intervalo entre la conducta y la experiencia, entre la causa y el efecto, ha alimentado un culto a la autoexpresión en el cual cada pensador piensa acerca de sus propios pensamientos y tiene sutiles sentimientos acerca de sus sentimientos. No sorprende en consecuencia que ello no afecte profundamente al curso de los acontecimientos”.

La función positiva del público es, por tanto, la de intervenir de vez en cuando en el trabajo de los *insiders*, poniéndose de parte de algunos de ellos y en contra de otros, juzgar los actos más visibles y públicos, y aprender a hacerse notar sobre este o aquel grupo tomando algunas fases de su acción externa como muestras de su actividad. Para cumplir su tarea, el público necesita criterios; estos han de tener la función de que el público pueda discriminar entre los grupos cuyas políticas van dirigidas auténticamente en pro del interés común y aquellos que hacen uso de lo público para sus fines privados. El punto esencial al llegar a esta distinción es que el público descubra quiénes está menos dispuestos a someter sus demandas al escrutinio público y menos dispuestos a acatar el resultado de una publicidad adecuada. Pues el camino de la razón es el camino de la voluntad de seguir alguna regla normalizada; al faltarle la percepción de la sustancia de la racionalidad de las diferentes propuestas, el público puede al menos juzgarlas por su forma, su método y su espíritu. La falta de predisposición a someterse a la investigación es un signo claro de la repugnancia a la regularidad de la razón y el derecho.

Este es sólo un seco resumen, en tanto la exposición completa del señor Lippmann es, aun abreviada, jugosa. Pero espero que pueda servir para indicar el espíritu de las restricciones a que el pueblo debiera someterse según el deseo del señor Lippmann; sometimiento que obedece al hecho de que reposan en la naturaleza del caso presente: a saber, la naturaleza específica y compleja de los problemas; la lejanía del público respecto a la dirección política, y la preocupación de sus miembros con su propio trabajo y ocio. Al resumen debería añadir, para evitar malentendidos, que el

señor Lippmann llama “*insiders*” a algo más que los políticos; más que a los administradores y a los gestores. Pues ellos, en muchos aspectos, son *outsiders*. En los problemas de la industria y la economía, los *insiders* son los líderes industriales en activo, y así con las demás áreas. De suerte que el argumento del señor Lippmann supone, en efecto, un poderoso llamamiento, desde un nuevo ángulo de aproximación, a la descentralización de los asuntos de gobierno; un llamamiento para el reconocimiento de que el gobierno real, nos guste o no, debe gestionarse por parte de agentes no políticos, por órganos que convencionalmente vemos como ajenos al gobierno.

Pese a las referencias al declive de la actividad del electorado, la verdadera importancia de la crítica del señor Lippmann, imagino, reside en que el electorado todavía desempeña un papel demasiado importante; utilizando el lenguaje de la vieja escuela del *laissez-faire*, se entromete en lo que no debe.

Uno se siente sorprendido, quisiera notar al paso, por el hecho de que el señor Lippmann no haga referencia a las teorías que deberían organizar las diferentes actividades sociales de forma funcional, por intereses y actividades laborales. Probablemente hacer esa referencia suponía tener que salir de su camino para internarse en asuntos demasiado remotos y especulativos. Pero es difícil ver cómo puede realizarse de forma eficaz, del modo que él postula, una intervención del público en general, aunque sea sólo esporádica, hasta que las actividades de grupo sobre las cuales ha de operar no estén mejor organizadas y más abiertas a reconocimiento, más expuestas a esa “identificación partidaria” y de sus propósitos que es la finalidad de la técnica democrática. Resulta al menos discutible que la concepción del señor Lippmann pueda ser factible sin algo que se aproxime a una organización tipo “guilda” o “soviet” –por favor, nótese que no digo “bolchevique”.

Resulta algo dudoso si la crítica del señor Lippmann no se estará dirigiendo hasta cierto punto a un hombre de paja. Yo no diría tanto como que nadie ha defendido nunca la teoría de la democracia que él supone es la teoría ortodoxa. Pero sí puede decirse con seguridad que tales nociones surgen en su mayoría después del hecho; son, como se dice, “racionalizaciones” de un suceso ya ocurrido. Por tomar prestado el lenguaje de James Harvey Robinson<sup>5</sup>, la democracia no surgió como realización de un ideal, fuera este bueno o malo. Lo que llamamos gobierno popular es más bien la consecuencia de un largo y variado número de acontecimientos concretos. Fue Carlyle, alguien no muy amigo de la democracia, quien dijo que una vez surgió la imprenta, la democracia ya era inevitable.

Está abierto a la duda si los portavoces de la democracia concibieron alguna vez sus funciones de forma muy diferente a como el señor Lippmann piensa de ellos. Ser árbitro y juez en última instancia, forzar el sometimiento de los asuntos importantes al juicio popular, obligar a los gobernantes políticos a comparecer de vez en cuando ante sus votantes para que hagan una valoración de su mandato; tales, pienso, fueron las no inmoderadas pretensiones de la mayoría de los hombres que impulsaron de hecho el movimiento democrático en el gobierno.

Que las dificultades en la realización inteligente incluso de esas tareas tan restringidas hayan crecido inmensamente en los últimos tiempos no ofrece ninguna duda. Y este cambio hace necesarias reconsideraciones como las que nos ofrece el señor Lippmann. Pero también invita a su revisión, una vez despojadas de la irrelevancia lógica que supone la evidente aversión del señor Lippmann a algunas de las recientes actividades erróneas del público –ejemplificadas en la prohibición y en la legislación de Tennessee<sup>6</sup>– como una contribución a la técnica del gobierno democrático más que como una crítica trascendental del mismo. Sería ilustrativo, además de interesante, obtener de la pluma del señor Lippmann un análisis de la relación de la legislación prohibicionista con la opinión pública y el voto popular. Una discusión de la idoneidad del asunto para la decisión popular clarificaría todo el asunto. ¿La objeción reside en la falta de idoneidad del público nacional para juzgar el asunto en general, o más bien en el tipo de acción concreta que se ha tomado? Presumiblemente debe ser lo primero, pues si fuera lo último, se solventaría con el obvio recurso de apelar a la práctica democrática para cambiar la acción previa. Pero si es lo primero, entonces sería interesante saber con qué protección contamos, o con qué teoría, contra la acción extremada y de gran alcance tomada por quienes están en el poder cuando experimentan un fuerte sentimiento acerca de un tema en concreto. Ciertamente, la legislación contra los artículos de lujo no es un invento del gobierno democrático; y existen rasgos no-políticos de la sociedad moderna, tales como la intercomunicación rápida y compleja por medio de compañías ferroviarias y de periódicos que hacen posible el presente modo ampliado de la legislación sobre el consumo. Ciertamente el señor Lippmann sería el último en confiar en la eficacia de los preceptos y exhortaciones a los gobernantes instándolos a que no cedan a la tentación de dictar leyes insensatas. Pero, ¿cuál es la salida? No veo que el problema sea más relevante para el gobierno democrático que para cualquier otra forma de gobierno. Si ahora se ha convertido en más acuciante, se debe a la Gran Sociedad en que nos encontramos. Dando por supuesta la insensatez de, digamos, la prohibición o legislación

acerca de la enseñanza de la ciencia, es difícilmente creíble que la fe en la omnipotencia del votante, en la existencia de la opinión pública infalible y en el derecho divino de la mayoría tenga mucho que ver con el asunto. No fue ninguna teoría particular sobre la democracia, sino el rechazo al comercio de licores, lo que animó a los prohibicionistas, un rechazo animado desde cierto punto de vista por moralistas que consideran el juego, la bebida y el baile como inventos del diablo; desde otro punto de vista, por aquellos cuya deidad es el ahorro o la riqueza, por los grandes patronos y por aquellos que temían el poder político de las tabernas- así como otros muchos puntos de vista. Y es la ardiente convicción teológica, de cierto tipo, la que anima a aquellos que aprobaron la legislación antievolucionista.

Si se afirma que las instituciones democráticas brindaron al público en cuestión la oportunidad de aprobar esas leyes, la respuesta es que la afirmación es verdadera, pero que sus implicaciones toman por la esencia lo que sólo es un accidente. Difícilmente consideraremos a la Iglesia Católica una institución democrática, y, sin embargo, Darwin está incluido en el Índice; y si la Iglesia tuviera un control completo de las escuelas, su acción no sería menos extremada que la de los fundamentalistas de Tennessee. Para aquellos que piensan que el derecho divino que una vez perteneció a los clérigos, y que fue heredado por los reyes, ha descendido sobre la masa del pueblo, supone una ganancia indudable que se les haga saber que la democracia no ofrece una protección automática contra el abuso de poder. Pero en cualquier caso el problema parece proceder de la estupidez, la intolerancia, la terquedad y la mala educación; y da lo mismo que estos rasgos ornamenten a un monarca, adornen una oligarquía o suministren su insignia moral al pueblo.

Estas observaciones no se dirigen en ningún momento contra el gran valor de la exposición del señor Lippmann. Pero quizá sugieran la necesidad de un análisis posterior, que debiera dar cuenta en primer lugar de los peligros y problemas inherentes que la Gran Sociedad ha traído consigo, con respecto a los cuales la debilidad de la democracia parece más sintomática que causal. También sugieren que, siendo de ayuda la mejora de la técnica actual a través de los criterios que indica el señor Lippmann, la única vía de salida segura es la organización a fondo de la sociedad en sí misma. Sugieren también la necesidad de una discusión profunda sobre la publicidad de los temas comunes en relación con el público. La mejora ética de la prensa es lo próximo que habría que tratar. La última cuestión es científica y artística: la cuestión de hacer de la prensa una revelación continua, sistemática y efectiva de los movimientos sociales,

incluyendo los deseos y propósitos de los varios grupos de *insiders*. Este es un problema tanto artístico como científico, pues supone no sólo una organización científica para el descubrimiento que registre e interprete toda conducta que tenga una dimensión pública, sino también métodos que permitan presentar los resultados de la investigación de forma llamativa y a la vez solvente. Claro que la mayoría de las personas no compra el azúcar porque crea que tiene valor nutritivo; lo adquiere por hábito y porque complace su paladar. Lo mismo debe ocurrir con la compra de hechos que dispongan a públicos diversos en particular y al público más amplio en general a observar actividades privadas de relevancia pública y tratar acerca de ellas sobre la base del interés colectivo.

He omitido toda referencia al aspecto del libro del señor Lippmann que más atrae al reseñista en su faceta de filósofo profesional. El señor Lippmann hace un uso eficaz y penetrante de las tendencias pluralistas del pensamiento contemporáneo, incluyendo la teoría de que la inteligencia actúa no por su propio impulso, sino con el fin de ajustar conflictos y de resolver dificultades concretas. Este fondo filosófico concede a su libro un alcance y una fuerza que lo distingue de casi todos los otros escritos contemporáneos sobre el mismo campo, un alcance y una fuerza de los que esta reseña ha dado apenas cuenta. Pero la presente crítica es ya demasiado larga, y con el permiso del director espero volver en el futuro a esta parte del asunto.

## BIBLIOGRAFÍA

- Catalán, Miguel (2013): *Ética de la democracia. Sobre la política de John Dewey*. Madrid. Verbum.
- Dewey, John ([1910] 1978): *How we Think*. En Dewey, John, *Complete Works. The Middle Works. 1899-1924*, vol. VI. Southern Illinois University Press, Jo Ann Boydston. Carbondale, pp. 177-356.
- Dewey, John ([1927] 1984): *The Public and its Problems*. En Dewey, John, *Complete Works. The Later Works. 1925-1953*, vol. II. Southern Illinois University Press. Jo Ann Boydston. Carbondale, pp. 235-372.
- Dewey, John ([1925] 1984): "Practical democracy". En Dewey, John, *Complete Works. The Later Works. 1925-1953*, vol. II. Southern Illinois University Press. Jo Ann Boydston. Carbondale, pp. 213-220.
- Dewey, John ([1922] 1983): "Public Opinion". En Dewey, John, *Complete Works. The Middle Works. 1899-1924*, vol. XIII, Southern Illinois University Press. Jo Ann Boydston. Carbondale, pp. 337-344.
- Gouinlock, James (1984): "Introduction". En Dewey, John, *Complete Works. The Later Works. 1925-1953*, vol. II, Southern Illinois University Press. Jo Ann Boydston. Carbondale, pp. i-xxxvi.
- Pappas, Gregory (2008): *John Dewey's Ethics: Democracy as Experience*. Bloomington, Indiana. University Press.

## CV RESUMIDO DEL AUTOR

Miguel Catalán (Valencia, 1958) es doctor en Filosofía con una tesis sobre la teoría de la valoración de John Dewey y profesor de Pensamiento Político y Ética de la Comunicación de la Universidad UCH-CEU. La obra de Catalán bascula entre el pensamiento breve de sus libros de aforismos *El sol de medianoche*, *La nada griega* y *La ventana invertida* y un vasto tratado titulado *Seudología* que pretende desarrollar una teoría completa del engaño. De esta última obra en marcha que ha obtenido los premios *Alfons el Magnànim* y *Juan Gil-Albert* de Ensayo, así como el de la Crítica Valenciana y el *Juan Andrés* de Ensayo e Investigación en Ciencias Humanas, se han publicado hasta el momento seis volúmenes: *El prestigio de la lejanía. Ilusión, autoengaño y utopía* (Ronsel, 2004), *Antropología de la mentira* (Muchnik, 2007), *Anatomía del secreto* (2008), *La creación burlada* (2012), *La simulación del mundo* (Siruela, 2015), y, por último, *Ética de la verdad y de la mentira* (Verbum, 2015).

## RESUMEN DE LA APORTACIÓN DEL AUTOR

La presente aportación se compone de la traducción del inglés al castellano de dos breves textos de Dewey sobre Lippmann escritos en los años veinte del siglo pasado y publicados en la revista *The New Republic*. Se trata de dos reseñas a sendas obras de Lippmann: *Public Opinion* (1922) y *The Phantom Public* (1925). La primera reseña se titula “*Public Opinion*”, reproduciendo el título del libro reseñado; la segunda, “*Practical democracy*”.

La traducción va precedida de una presentación que analiza algunas de las circunstancias y condiciones de estos dos escritos, así como de sus consecuencias. La importancia de estas dos reseñas, en especial la segunda, reside en que sirvieron a Dewey como primer estímulo para elaborar la que sería su teoría de la democracia participativa, expuesta en buena medida en su libro *The Public and Its Problems* (1927), como oposición a la teoría elitista expuesta por Lippmann en los dos libros reseñados en *The New Republic*. Dewey se puso a la tarea de repensar la democracia liberal al poco de publicar la segunda reseña en diciembre de 1925. Apenas año y medio después de esa fecha daba a la imprenta su influyente ensayo *The Public and Its Problems*.

---

<sup>1</sup> Profesor Agregado de Pensamiento Político y Ética de la Comunicación en la Universidad Cardenal Herrera-CEU. Esta colaboración se encuentra enmarcada en el proyecto de investigación “El utilitarismo y sus críticos. Críticas clásicas y contemporáneas al Paradigma Utilitarista de Racionalidad”, FFI2012-31209 MINECO.

<sup>2</sup> Esta introducción recoge en parte una versión adaptada de los pasajes del llamado “debate Dewey-Lippmann” de mi obra *Ética de la democracia. Sobre la política de John Dewey*, Madrid: Verbum, 2013.

<sup>3</sup> Lippmann se refiere al notable vuelco que impulsó la propaganda gubernamental sobre la opinión pública estadounidense a favor de la participación del país en la Primera Guerra Mundial.

<sup>4</sup> Humpty Dumpty: personaje del folklore inglés que aparece en una célebre canción popular. Esta canción narra la desgracia de un huevo que cae de un muro y se rompe en añicos.

<sup>5</sup> James Harvey Robinson fue un historiador estadounidense (1863-1936) contemporáneo de Dewey. Ambos fueron colegas en la Universidad de Chicago y cofundadores del experimento educativo incorporado a la *New School for Social Research* fundada en Chicago en 1919.

<sup>6</sup> Con “la prohibición” se refiere Dewey a la Ley Seca que se mantuvo vigente en Estados Unidos a lo largo de todos los años veinte (1920-1933). Con “la legislación de Tennessee”, por su parte, se refiere a la *Butler Act* de Tennessee que prohibió en 1925 a los profesores de las instituciones públicas educativas del país enseñar el evolucionismo darwinista y negar, por tanto, el relato bíblico de los orígenes del hombre.